

Cómo saber si respiro

Cuentos escogidos

Prólogo de
Katya Aduai Sichei


PESOPLUMA

Índice

Prólogo	9
El alga	15
Gabrielle	25
Little boy	39
Fedro y la máquina	73
Jana y Jano	81
De la mar el tiburón y de la tierra el varón	89
Él	95
Mío Tauro	101
El rendido	117
Aniversario	127
Homo coitus ocularis	137
Desraíceme, por favor	143
La loba	149
El piloto	155
Leche	161

Él

Saber que es él, aunque físicamente irreconocible, me neutraliza los sentidos. Cuando no se trata de él, me aparto del olor desagradable, de la vista de lo deforme, del sonido del sufrimiento. Sin embargo, cuando le cuido, aquí, en la misma cama donde lo colocamos el día en que lo trajeron, su estado no me induce al vómito y, si su piel me lo permitiera, le besaría todo el cuerpo. Pero la poca piel que le queda intacta es, ahora mismo, tan delicada como la de esos insectos plateados que habitan en las humedades, y se deshace tras el más mínimo roce. Limpio sus trocitos de piel en el termómetro, en la cuchara diminuta con que le meto la sopa; en sus pestañas, que recogen partículas que, como escamas, se le desprenden de los párpados.

Pero está vivo. Y, casi más importante, está. Él está. Es lo que me digo cada mañana, antes de abrir los ojos en este sofá para mirarlo, a unos metros de mí. Está. Él. No importa lo que venga ahora, la agonía, la muerte. Lo peor, los meses de búsqueda, la alerta permanente del espíritu esperando una noticia, ha pasado. Por eso, cuando Arturo me advirtió que su estado era irreconocible y me preguntó si estaba preparada para verlo, no temí la visión del horror que sí vieron los vecinos, que tenían que desviar la mirada de tanto en tanto, mientras nos ayudaban a Arturo y a mí a colocarlo en la cama.

Cuando todos se fueron nos quedamos Arturo y yo frente a él. No hablamos nada. Arturo dio unos pasos para salir de la habitación y, en el umbral de la puerta, se volvió para decirme: «Solo falta la dentadura. La olvidé. Te la traigo esta semana».

Como otros, perdió la dentadura en una explosión, y usaba una prótesis. Ya hace tres semanas que Arturo me dijo que la traería,

pero todavía no ha venido. No importa. No le hace falta, porque su estómago no puede soportar el peso de la comida.

Llevo mucho tiempo sin limpiar el polvo. Lo veo en los muebles, flotando en el rayo de luz que se filtra por la ventana. Quiero probarlo. Abro la boca para que me entre, para averiguar a qué sabe, si tiene algún alimento, porque su boca está entreabierta y me gustaría que esta harina de pelo de perro, de barro en los zapatos, de alas de mosca, le aportara algún nutriente. Pero este polvo no sabe a nada, no tiene olor ni gusto. Solo se ve.

Lo que le queda de vida es tan débil que no me atrevo moverme cuando estoy a su lado. No quiero que el ruido de mis pisadas interrumpa su respiración, que consiste en un silbido constante, un silbido que si fuera tocado con un instrumento se correspondería con la nota fa bemol. Por eso, desde por la mañana, preparo todo lo necesario para pasar el resto del día en esta silla, frente a él, violín de una sola cuerda. No sé si pese a su estado conserva los ciclos de vigilia y sueño. Por la noche el sonido persiste, aunque ya no es un violín. Es un piano, de una sola tecla.

Fuera de su silbido, solo hay silencio. Desde que lo trajeron hay silencio incluso en el patio. Ese mismo cuidado que tengo yo para moverme lo mínimo, parece haber contagiado a los vecinos. Todos andamos de puntillas. Creo que se ponen en mi lugar. Ayer los aliados trajeron a la joven del 2B. No la he visto, pero me dicen que está reconocible.

En tres semanas el médico ha venido dos veces. Sé que viene más por mí que por él. Me toca la frente, me mira las pupilas, me trae algo de pan. Teme que las medicinas no hayan pasado la frontera. Me da instrucciones de cómo asearle. Pero no vivirá, asegura.

Pronto se me olvida la angustia de su búsqueda. Su presencia ya no me consuela. Ahora también quiero que viva. El dolor presente es siempre peor que el pasado, porque es el más joven, el que

está en edad de crecer. Mi dolor tiene los huesos de adolescente, y se está estirando. Prefiero la incertidumbre de cuando no le encontraba a la evidencia de verlo así. Empiezo a refugiarme en la duda. La duda duele menos que la esperanza. Pero le miro y todo se vuelve certeza. Su peso es una certeza. Su temperatura es una certeza. La fiebre no le baja. El termómetro en él parece un medidor de muerte. Dejo de ponérselo. Quiero no saber tanto como me sea posible.

El momento del aseo le disgusta. Darme cuenta de que algo le incomoda ha sido un gran paso. Quizá él lo haya intentado antes, pero solo hoy he comprendido que, sin poder hacer ningún gesto, emitir ningún gemido, se comunica con la segregación de un olor particular, muy intenso, que va dispersándose en la habitación como las esporas de un hongo. Cuando sabe que voy a limpiarle, huele. Huele cada vez que no le gusta algo. No me dejo intimidar por ese olor y le retiro los paños.

No sé por cuánto tiempo podré seguir considerándolo un hombre. No parece que se debata entre la vida y la muerte, sino entre la muerte y la cosa. Por eso, si veo que los paños están mojados, que tienen algo de similar a mi orina y mis heces, digo para mis adentros: «Sigue siendo humano». Celebro sus deposiciones como un acto de vida.

Después de cada comida, le cuido la boca. Me vendo un dedo y lo voy deslizando por toda la mucosa, limpiándole bien la lengua, las encías. Paso por los surcos donde antes tenía los dientes. Le estímulo la saliva. Para que pueda respirar saco el dedo cada dos o tres segundos, y continúo. Palpo las ulceraciones cada vez más pequeñas. Al pasar la venda por una, todo él se ha contraído. ¿No se contraen también las heridas que cicatrizan? Estoy contenta.

Se me van los días indiferente a cualquier necesidad mía. Antes vivía para encontrarle pero, cuando él llegó, yo me disolví. Sé que

me he levantado porque no estoy acostada. Sé que me he peinado porque tengo dos horquillas que me recogen el cabello. Sé que he comido porque hay algunos restos en el cubo de la basura. Pero no sé qué más sucede cuando me separo de él. Vivo en él. Soy la bacteria que crece en un moribundo. El buitre que, ignorante de su vuelo, vive pendiente de la carroña.

Han surgido hoy, de la nada. Ayer le miré el cuerpo al milímetro y no las vi. Son unas úlceras oscuras que le salpican el cuerpo. Son como huellas de cieno. Debe de ser el paseo vespertino de la agonía. Huelen a agua estancada, a rana.

Cuando respira continuamente por la boca, se le forma una membrana que parece que le tapa la garganta. Es como la piel interior de una cáscara de huevo. Tiro de ella y sale toda entera. Se disuelve entre mis uñas.

Lo trajeron desnudo, y para no dañarle no quise cubrirle. La piel le queda grande en los huesos. Sin embargo, da la impresión de que tolera mejor el caldo porque, de las cinco cucharadas de antes, he pasado a darle siete. Siete tomas que interrumpen el silbido de su respiración mientras traga. Además, el pulso ha cambiado. Antes, al tomarle la muñeca, no sentía los latidos, sino una especie de fluir continuo, incontable como un puñado de agua. Era como si el corazón se le estuviera licuando. Ahora se distingue un latido del otro y, aunque son demasiados, se pueden contar.

De ningún modo he creído el diagnóstico del doctor. Intenta aplicar la tradición de su conocimiento a un cuerpo herido de un mal nuevo. Las fosas se están llenando con cuerpos así, pero también se han escuchado casos de recuperaciones, cosas que empiezan a reconocerse como personas primero, y más tarde se lanzan a distinguirse como hombres y mujeres. El todavía no ha encontrado su forma, pero ha comenzado a tener apetito, un hambre repentina. Cuando le meto la cuchara no quiere soltarla. La agarra entre

sus encías desdentadas. Su mandíbula se mueve. Este ha sido su movimiento. Ahora sí necesito sus dientes. Mañana buscaré a Arturo.

Ayer el silbido comenzó a mitigarse. Cuando lo noté me entró miedo. Desde que he visto su cuerpo enflaquecido, traslúcido, temo todo adelgazamiento, también el del sonido. En un momento de confusión le provoqué. Necesitaba incomodarlo para sentir de nuevo su respuesta. Como parece que no le gusta la luz plegué las cortinas. El sol le dio de lleno en la cara y el segregó su olor como un reproche.

Renace la esperanza. La abrazo. Recupero la fe en el termómetro. En efecto, la fiebre remite. Avisaron a Arturo. Vendrá esta tarde. Lo verá él mismo. Aunque aparentemente no haya cambiado, su apetito no puede indicar sino una mejoría. Estoy cocinando la primera comida que masticará después de meses. La preparo pensando en el sonido que hará cuando la muerda. Él. No solo está, sino que vivirá. Masticará.

La recuperación es inminente. «Tengo frío», ha dicho. Su voz me ha resultado tan desconocida que en un principio dudé que viniera de él. Inmediatamente le he cubierto con una sábana. Parece que la piel resiste su peso, y la agarra con sus dedos desuñados como si agarrara mucho más que un trozo de tela. Está luchando. Tiene hambre y frío. Observo atónita el nacimiento de mi esposo.

Arturo no ha podido venir, pero un vecino me ha traído la dentadura. Está envuelta en un pañuelo. La desenvuelvo. Quiero limpiarla antes de ponérsela. Dejo la comida en el fuego y mojo sus dientes bajo el chorro de agua. Uno de ellos es dorado, él quiso mantenerlo así, simulando la falta del original, que le quitaron de un golpe siendo tan joven.

La cena esta lista. Enfrío una cucharada para probarla. No recuerdo la última vez que cociné con dedicación. Me tiemblan las manos al servirla. Elijo una pequeña porción con bastante caldo, porque todavía no sé si podrá masticar. Escucho el sonido del

alimento sólido al romper el líquido el cuenco. El sonido de lo sólido es musical. Quiero entrar en el mundo de los sólidos, lejos de la nota de un violín, del viento invisible de su silbido. Toco la silla. Me siento. Dejo el cuenco junto a él. La comida todavía está demasiado caliente. Humea. Saco del bolsillo del vestido su dentadura para ponérsela. Me cuesta mucho abrirle la boca. No sé si tiene la suficiente fuerza como para resistirse o si la mandíbula está contraída por alguna otra causa. Le hablo con una serenidad que oculta mi excitación. Pienso que colocándole esa pieza mostrará de nuevo su rostro, viril, impecable, como si fuera el trozo del puzle que da sentido a la imagen. Pero no encaja. El trozo de puzle parece una de las dos mil piezas de cielo de azul homogéneo. A pesar de que los huesos maxilares permanecen ajenos a tales deterioros del cuerpo, la pieza no logra ajustarse. Surge una explicación en mi cerebro, pero es demasiado atroz, la elimino. Intento tranquilizarme, no ceder a los nervios. Miro de nuevo la pieza. Claramente es la misma. Y en un instante, retorna la misma explicación a mi cabeza, nítida, sin duda alguna, el horror: no es él. El hombre que he estado cuidando durante siete semanas no es el mío. Destapo al que está en la cama. Grito. Cojo el cuenco caliente y se lo vierto en el pecho. La cena le quema las llagas. Corro a buscar al verdadero. De nuevo la búsqueda. Me entran náuseas. Odio. Bajo las escaleras apresurada. Me caigo. Me levanto. Me duele el tobillo. Veo la calle larga. Cojeo tan rápido como puedo.